

que habitaban más hacia el Sur, en los valles de Nasca, Camana y Arica, los cuales, según los historiadores españoles, se diferencian poco en sus usos y costumbres. Todas estas tribus fueron sometidas por los incas, que como una avalancha se precipitaron sobre todo el Perú.

Esto no obstante, los conquistadores no quisieron arrancar por la fuerza las costumbres y tradiciones de estos pueblos. Al lado de los templos del país levantaron otros dedicados á sus dioses, y gracias á precaución tan acertada lograron realizar la unión de unos y otros, de vencedores y vencidos, y fundar aquel Estado cuya organización sólida y ordenada tanta admiración causó á los conquistadores españoles. Los pueblos incas, oriundos de los valles y gargantas situados entre las cordilleras de los Andes, pensamos describirlos en el capítulo que hace referencia al descubrimiento y conquista del Perú por los españoles.

También al Norte del Perú, en las repúblicas del Ecuador y de Colombia, había varias tribus cuyos reinos tenían algunos centros de cultura. Por ejemplo, las altas llanuras de Quito estaban habitadas por algunos troncos emparentados con los incas peruanos, que tenían como dinastía propia la de Scyri y descendían de los caras, que, según afirma la tradición, habitaron primitivamente la costa y más tarde ascendieron en balsas la corriente del río Esmeraldas para apropiarse la soberanía de las altas mesetas de Quito, hasta caer posteriormente bajo el dominio de los incas. En Colombia, la Nueva Granada de los españoles, habitaban antropófagos y otras hordas que apenas habían dado un paso en el camino de la cultura, y además los chibchas. Los autores españoles los denominan muiscas ó moscos; pero como la historia de este pueblo está estrechamente unida con la conquista del Perú por los españoles, dejamos también su descripción para cuando de ésta tratemos.



PRESENTIMIENTO DE LA EXISTENCIA

DE UN MUNDO OCCIDENTAL ARRAIGADO EN LA ANTIGÜEDAD

Homero, el bardo de la antigüedad clásica, figurábase la Tierra en forma de un disco cóncavo, en cuyo centro rugía el mar y desembocaban los ríos. De las elevadas rocas de Leukas emanaba el torrente universal llamado Océano que circundaba la Tierra. El centro de ésta era el nebuloso Olimpo, residencia de los dioses. En el extremo Este se hallaba Kolchis, allende la cual pasaban diariamente Helios y Eos, los dioses del Sol y del Viento, en un carro arrastrado por brioso tronco de caballos que despedían fuego por sus fauces, para entrar por la puerta del cielo, pasar velozmente sobre los vapores que rodeaban la parte diurna de la Tierra y desaparecer, en cuanto anochecía, hacia el Oeste, alrededor de la parte nocturna, y volver á sus moradas, situadas al borde del estanque solar.

La décima parte de las aguas del Océano se separaba para formar la laguna Estigia del Averno, uniéndose á los cenagosos ríos y remolinos de fuego de éste. El Averno ó Hades se hallaba en el centro Oeste de la parte gruesa del disco terráqueo, en el lejano y nocturno Himmerio, desde donde una inmensa grieta del terreno conducía al reino de los muertos. A lo lejos, en el Océano occidental, se hallaba situado el Elíseo, el valle de los bienaventurados, una isla donde los elegidos del dios Zeo (Júpiter) disfrutaban una existencia de delicias sin fin, pues estaban excluidas la vejez y la muerte.

Esta poética intuición de Homero fué aceptada por toda la antigüedad clásica como la única y verdadera representación geográfica de la Tierra, y arraigó como dogma religioso en la conciencia popular.

Había, sin embargo, algunos pensadores eminentes que, no aceptando las ideas de Homero, se representaban la forma y figura de la Tierra de modo muy distinto.

Anaximandro la veía de forma cilíndrica; Anaxímenes como una meseta; Pitágoras como un dado; Jenófanes en figura de cono; Endoxos como un cuadrado sumamente prolongado; y, según dicen, Tales de Mileto, 600 años antes de Cristo, descubrió la figura esférica del cielo, que rodea á la Tierra cual la cáscara del huevo al interior del mismo.

No se sabe á quién corresponde la gloria de haber sido el primero en

conocer la redondez de la Tierra, pero es posible que fuera Pitágoras ó alguno de sus discípulos.

Familiarizado Platón con las doctrinas pitagóricas, adoptó sus ideas acerca de la forma del globo terráqueo y trabajó mucho para difundirlas entre sus paisanos. Investigadores como Aristóteles, Eratóstenes, Hiparco y Tolomeo, no sólo ratificaron estas doctrinas, sino que contribuyeron mucho á enriquecer los conocimientos humanos respecto del Cielo y la Tierra. Eratóstenes fué en primer término el que, 270 ó 190 años antes de Cristo, coleccionó los tesoros geográficos de la célebre Biblioteca de Alejandría, reuniendo en tres volúmenes todos los descubrimientos realizados hasta entonces en el campo de la geografía física, matemática y política, como asimismo su historia. Eratóstenes se encerró entonces en la doctrina, que ha servido después de norma á todos los geógrafos, de que Cielo y Tierra tenían forma esférica, que giraban sobre un mismo eje y tenían un mismo centro. Lo que más denota la firmeza de su creencia en este célebre sabio, es la descripción que hace en su poesía *Hermes*, y que dice así, traducida literalmente:

Cinco zonas fueron giradas en círculo, dos de ellas ennegrecidas como el oscuro azulado del acero; una de éstas, destinada á desierto, está como enrojecida por el fuego.

Fué colocada en el centro y ardía por toda la circunferencia rodeada de llamas, porque precisamente en aquel distrito están estrechamente agrupadas, caldeando constantemente los rayos solares.

Pero las otras dos zonas situadas lateralmente, que se estrechan contra el polo, están siempre tiritando de frío y cargadas de vertientes, mas no de agua, sino de duro hielo del cielo, tendido sobre dilatadas vegas, alrededor de las cuales todo se paraliza y hiela.

Por eso hay allí páramos inaccesibles á los mortales.

Mas las otras dos zonas se extienden en dirección encontrada entre el ardor del sol y la lluvia de hielo, ambas bien templadas, y sobre las cuales la pródiga Ceres ha derramado á manos llenas sus bendiciones. Las habitan hombres antípodas que cosechan abundantes frutos para su subsistencia.

Con todo esto, aún no estaba terminada la apreciación de Eratóstenes acerca de la figura de la Tierra. Estrabón escribe lo siguiente en su *Geografía*, que comprende 17 volúmenes:

«Dice Eratóstenes, que si no fuese un obstáculo la colosal extensión del Océano Atlántico, podría llegarse fácilmente por mar, siguiendo el mismo grado de latitud, desde la península ibérica hasta las Indias. La

parte medida de este grado comprende más de una tercera parte de la circunferencia terrestre.»

Añade además Estrabón que sería muy probable que en esta extensión se hallasen mayor número de partes habitadas del mundo (*οικουμένης*).

Estos presentimientos de la existencia de uno ó varios países en medio del Océano, eran la constante preocupación de los filósofos y poetas de aquella época, preocupación que se ve plenamente demostrada en *La Atlántida* de Platón, isla situada, según el filósofo, al Oeste de las columnas de Hércules, maravilloso desierto de las proporciones de un continente.

Pero no eran tan sólo los poetas y los filósofos los que, salvando las antiguas barreras, abrían nuevos horizontes al estudio y conocimiento exacto de la Tierra, sino que también algunos marinos intrépidos se decidieron á arrancar el secreto al Océano tempestuoso. Por eso vemos, 1000 años próximamente antes de Cristo, que los fenicios transponen las columnas de Hércules, que hasta aquella fecha habían sido consideradas como el límite Oeste del planeta, y que con inconcebible audacia emprenden viajes dilatados á lo largo de la africana costa por su parte occidental. Es, pues, indudable que conocían la existencia de las islas Canarias, pues según refiere la tradición, en el año 600 antes de Cristo los buques fenicios dieron la vuelta al Africa.

Herodoto cuenta que desde el mar Rojo llegaron al del Sur. «A la entrada del otoño desembarcaron para llevar á efecto la siembra de los campos, y después de la recolección volvieron á embarcarse, pasando nuevamente, al cabo de dos años, por las columnas de Hércules para regresar á Egipto. Y cuentan que han dado la vuelta á la Libia, esto es, alrededor de Africa, y que han tenido *el Sol á la derecha*, lo cual yo no puedo creer.»

Precisamente este fenómeno que hizo dudar á Herodoto de la veracidad de aquella travesía puede ser la plena confirmación de ella, pues demuestra que si los navegantes vieron el Sol á su derecha, es decir, al Norte, tenían que hallarse en el centro meridional de la Tierra; y es muy difícil que aquellos marineros ignorantes inventaran un hecho semejante, que podría creerse ilusorio tratándose de un viaje imaginario.

Los fenicios realizaban sus viajes por el Norte hasta Albión, Hibernia y las costas germanas, de donde llevaban á su país ámbar y estaño. A estos atrevidos navegantes siguieron más tarde los valientes cartagineses, que colonizaron las Canarias y, según parece, penetraron hasta el mar de sargazo. A los comedios del siglo sexto antes de Cristo salió de Cartago una gran expedición colonizadora mandada por Hano, en la que parece tomaron parte más de 30.000 personas entre hombres y mujeres.

El relato de esta, hasta entonces, no conocida empresa, se halla conservado perfectamente en una traducción griega, más tarde vertida al

alemán y publicada en la *Historia de los viajes de exploración de Loëwenberg*, y la cual traducción dice así:

«Después de haber dejado atrás las columnas de Hércules hemos navegado aún por espacio de dos días; luego desembarcamos, y después de fundar una ciudad llamada Thymiaterium hicimos rumbo hacia el cabo de Soloe, en Libia. Allí erigimos un templo á Neptuno y volvimos á navegar hacia el Este hasta llegar á un lago cerca del mar que estaba cubierto de espeso y verde cañaveral, en el que pacían elefantes y otros muchos animales.

»Al cabo de otro día de viaje fundamos las ciudades de Karicum-Teichos, Gyta, Acca, Melita y Aramba. Desde allí llegamos al río Lixos, que viene de Libia. Cerca de él habitan los nómadas llamados líxicos; más arriba moran los salvajes etíopes en un país montañoso poblado de animales de figura extraña, que habitan en cavernas y corren más que un caballo. Con un intérprete indígena llegamos después de algunos días á la isla de Cerna, que dista de las columnas de Hércules lo mismo que de Cartago. Desde aquí seguimos río arriba hasta llegar á un gran lago que tiene tres islas, y en cuyos límites se elevan altas montañas; pero sus habitantes, que son salvajes vestidos con pieles de animales, nos impidieron desembarcar. Otro río estaba lleno de cocodrilos.

»Dos días después llegamos á otro país habitado también por etíopes, que huyeron á nuestra vista y que hablaban un lenguaje incomprensible aun para el intérprete. Doce días después anclamos cerca de unos montes muy altos, poblados de diversos árboles de maderas olorosas. Al cabo de otros siete días llegamos á una gran bahía que, según el intérprete, se llamaba *Cuerno del Oeste*. Durante el día sólo vimos bosque; pero por la noche divisamos grandes hogueras, al mismo tiempo que oíamos gran tumulto y ruido de pitos y timbales. El miedo nos hizo huir, y en nuestra huída pasamos con nuestros barcos bordeando el caluroso país de Thymiamata. Este país estaba lleno de torrentes de fuego que corrían en dirección del mar. Aquella tierra es intransitable á causa del calor excesivo que reina en ella y también aquí tuvimos miedo y nos alejamos.

»En el transcurso de cuatro días que estuvimos en las cercanías de estos parajes, veíamos por las noches unas llamas muy altas que parecían llegar hasta las estrellas, y por el día vimos una montaña elevadísima que se llamaba *El carro de los Dioses*. Tres días más tarde llegamos á un gran golfo titulado *El Cuerno del Sur*, en cuyo centro hay dos islas y un lago, una de las islas habitada por salvajes. No pudimos apoderarnos de ningún hombre, pero sí de tres mujeres, que se defendieron ferozmente mordiendo y arañando á sus perseguidores, á los cuales no quisieron seguir, por lo cual las dimos muerte y las desollamos, llevándonos sus pieles á Cartago. No pudiendo hacer nada más, emprendimos el regreso.»

Por los años 340 antes de Cristo emprendió Pytheas, un comerciante de la ciudad de Massilia (Marsella), fundada por los cartagineses, su célebre travesía que le llevó más allá de las costas de Inglaterra, á la misteriosa isla de Thyle ó Thule, al mismo tiempo que su conciudadano Euthymenes navegaba á lo largo de la costa Oeste de África hasta el Senegal. En el año 80 antes de Cristo le contaron unos marineros á Sartorius, que había sido desterrado de España, tantas maravillas de las islas *Atlánticas*, que en número de dos estaban situadas á 10.000 estadios (12.500 millas) al Oeste de África, que su relato impresionó tan vivamente á Sartorius, que sólo la decidida resistencia opuesta por sus hombres á seguirle evitó la realización de su proyecto de buscarlas y fijar en ellas su residencia.

Estas islas eran indudablemente las Canarias, con las que guardaban relación las tradiciones á que hacían referencia los pueblos de la antigüedad al mencionar las Hespérides, la llanura de los Bienaventurados y la Atlántida, que fueron indicadas en las cartas marítimas de aquel tiempo y de otros posteriores con los nombres de *Fortunate insulae*, ó islas Afortunadas, y que realmente, por su clima excesivamente benigno, personifican las ilusiones de los filósofos y poetas de aquella época.

Como el espíritu emprendedor del humano ser no puede permanecer inactivo, se decía que el Océano debía de guardar mayores secretos hacia el Oeste, y esta suposición ó presentimiento tomó mayor fuerza un siglo antes de Cristo á causa de un suceso acaecido entonces. Por aquel tiempo había sido arrojado sobre las costas alemanas, entre los ríos Weser y Elba, un bote tripulado por hombres pertenecientes á una raza hasta entonces desconocida. Un cacique germano recogió á los naufragos y se los regaló algún tiempo después al cónsul galo Cancilio Metelo Celer (año 62 antes de Cristo). Aunque algunos historiadores de la época, tales como Mela (*De Chorogr.*, III, 5, § 8) y Plinio (*Hist. Nat.*, II, 67), hacen mención de esta circunstancia, no dicen nada acerca del destino que se dió á los naufragos.

Es posible que este acontecimiento inspirase á Marco Eneo Séneca, que por la fecha del nacimiento de Cristo vivía en Roma ejerciendo el cargo de maestro de retórica y poética, las siguientes proféticas palabras, que pone en boca de los coros de su drama *Medea*, páginas 376-380:

*Venient annis sæccula seris
Quibus Oceanus vincula rerum
Laxet, et ingens patebit tellus
Tethisque novos deteget orbes
Nec sit terris ultima Thule.*

Cuya traducción es así: «Vendrán en lejanos tiempos otros siglos en los cuales el Océano desatará los vínculos de las cosas; aparecerá la inmensa

Tierra y Tetis ostentará nuevos orbes, de suerte que Thule no será ya la última tierra conocida.»

Que Séneca, lo mismo que Eratóstenes, tenía idea clarísima de la configuración de la Tierra, pruébalo él mismo hasta la evidencia cuando en otro lugar del citado drama dice:

«La Tierra que os repartís tan ávidamente por medio de la espada y del fuego es un punto insignificante en el Universo.» Y luego pregunta: «¿Que cuánta distancia hay desde las costas limítrofes de España hasta las de la India?» y contesta: «Sólo algunos días de navegación á la vela con viento favorable.»

Pero aunque tales ideas hacen suponer que los más eminentes filósofos de aquellos tiempos presentían con seguridad la existencia de grandes territorios que habían de ser descubiertos en lo futuro, faltan toda clase de datos y pruebas que corroboren la suposición de haber llegado á las costas del Nuevo Mundo los pueblos de la antigüedad. Es cierto que se han encontrado en América piedras con inscripciones fenicias y cartaginesas; pero no lo es menos que se ha demostrado que eran vergonzosas falsificaciones.



VIAJES IMAGINARIOS Ó VERDADEROS Á AMÉRICA ANTES DE COLÓN

FUSANG

Opinión de varios sabios ha sido la de que en época remotísima existían relaciones entre los pueblos del Este de Asia y América, y que la antigua cultura americana es derivada de la asiática. Dichos sabios debieron suponer, por la lectura de los antiguos libros de historia de los autores chinos, que la costa Oeste de América había sido visitada en el año 499 de nuestra era por los asiáticos. La descripción de los viajes del sacerdote budista Hoei Shin, que en dicho año volvió á China desde el país de Fusang, el cual país describió detalladamente, fué el origen de semejante opinión.

El citado Hoei Shin dice que Fusang distaba 20.000 *li* (1) al Este de Ja-hañ, al Este del imperio del Centro, y que en él se encuentran muchos árboles *Fusang* (de aquí el nombre del país), cuyas hojas son iguales á las del árbol *Jhon* (*Paulownia imperialis*), que cuando son nuevas y tiernas se pueden comer, como sucede con las del bambú; el fruto es encarnado y semejante á la pera, y con los filamentos ó fibras que tiene la corteza, que se pueden tejer, se fabrican vestidos.

De los habitantes de Fusang dice que edificaban sus viviendas de tablas, pero que no tenían ciudades rodeadas de murallas; que poseían una escritura propia, y que sabían fabricar papel con las fibras del árbol fusang. Ajenos en absoluto á toda clase de luchas y combates, no conocían los arneses, las lanzas ni ninguna clase de armas.

En Fusang se encontraron dos edificios, uno situado al Norte y el otro al Sur, que por su aspecto y otros detalles se conjeturó que sirvieron de prisiones. Cuando en este país algún noble cometía un delito, se le pren-

(1) Nombre de cierta medida itineraria de China que comprende el espacio á que puede alcanzar la voz del hombre en tiempo sereno, ó sea unos 576 metros. Por lo tanto, los 20.000 *li* representan unos 11.500 kilómetros.